

Movimiento social sin tierra

El Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (MST) es, sin duda, uno de los movimientos sociales más importantes de América Latina. Este singular movimiento se gesta bajo la influencia de sectores progresistas de varias corrientes cristianas –sobresaliendo entre ellas la Pastoral de la Tierra de la Iglesia Católica–, algunos años después del triunfo sandinista en Nicaragua y de sus efectos potenciadores del movimiento revolucionario en el continente. Brasil vivía aires democratizadores luego de largos años de dictadura militar. Crecían las manifestaciones de descontento popular, destacándose las grandes luchas sindicales de la periferia paulista que dieron origen al Partido de los Trabajadores y luego a la Central Única de Trabajadores.

Esta situación fue desencadenada, entre otras cosas, por la crisis en que había entrado el modelo económico implantado por los militares. Debido a ello, los campesinos desplazados de sus tierras –por la sequía y la pobreza en el Norte y Centro Oeste, y por la modernización capitalista del campo en el centro y sur del país– encontraban cada vez menos posibilidades de trabajar en las ciudades. Por otra parte, por diversas razones, la emigración a zonas de colonización agrícola¹¹ tampoco había resultado una solución. Se hacía cada vez más evidente que la única salida para los campesinos sin tierra era buscar formas de acción que les permitiesen hacerse de ella allí donde vivían, sobre todo si se toma en cuenta que tierras no cultivadas sobran en todas las regiones del país.

Motivadas por esta situación, surgen las primeras tomas de tierra y su éxito hace que se multipliquen con los años. Más y más familias campesinas constatan que sólo con la lucha se consigue conquistar la tierra que necesitaban. La ocupación se transforma en el principal instrumento de presión y en la primera escuela de concientización política y de socialización de decenas de miles de campesinos. El MST ha logrado acumular en este terreno un alto grado de conocimiento práctico: 17 años después de su fundación ha conseguido asentar por esta vía a unas 350 mil familias campesinas y otras 100 mil están distribuidas en unos 500 campamentos esparcidos por todo Brasil, esperando que llegue su día.

Pero el Movimiento es consciente de que no basta conquistar la tierra y asentar a las familias campesinas, sino que hay que crear condiciones para que éstas la trabajen y obtengan de ella un rendimiento que les permita sobrevivir. Sin máquinas, sin semillas, sin créditos, sin conocimientos técnicos que hagan posible aprovechar los adelantos de la revolución tecnológica, sin canales de comercialización para sus productos, la tierra, en lugar de convertirse en un espacio de liberación, se vuelve una pesadilla, y acaba por ser vendida a precios bajísimos o simplemente abandonada. Por eso es que insiste en que la lucha no termina con la conquista de la tierra, que ese es sólo el primer paso y hay que continuar organizados luchando para conseguir los demás objetivos.

Para enfrentar con éxito esta nueva etapa de la lucha es muy importante que los campesinos continúen organizados y articulados dentro del Movimiento. La experiencia ha enseñado que la mejor forma de organizarse en la base es en grupos de 20 a 30 familias. La orientación del MST ha sido que una vez conquistada la tierra se mantuviese este tipo de organización en los asentamientos, y que estos grupos de familia se reuniesen en pequeñas

¹¹ Lugares de frontera agrícola donde el gobierno promovía la instalación de campesinos.

comunidades rurales o "agrovilas", donde las casas quedasen próximas unas de las otras y existiese espacios destinados a los servicios colectivos: escuela, centro de recreación, pequeño parque, jardín infantil, etcétera. Esta orientación, sin embargo, no siempre se ha logrado materializar. En la mayor parte de los casos la tierra se distribuyó en forma individual por orientación del Incra.¹² Esto dio como resultado que las familias quedaran alejadas unas de otras, dificultando la convivencia entre ellas. Por eso hoy el Movimiento está empeñado en buscar soluciones urbanísticas que permitan al campesino vivir en su pedazo de tierra y, al mismo tiempo, convivir colectivamente con un grupo de familias.

Otro desafío que tiene el MST es cómo combinar la existencia de estos grupos de familias –que facilitan la organización y la participación–, con la necesidad de lograr un impacto local que permita, aunque sólo a ese nivel, cambiar las reglas del juego imperantes en el campo. Para resolver esta contradicción ha surgido la idea de lo que algunos llaman "polos de asentamientos". La reunión de muchos asentamientos en un mismo territorio permitiría, entre otras cosas, implementar la idea de crear un mercado popular alternativo en la región con productos de sus cooperativas agrícolas.

Los asentamientos más desarrollados, con sus agrovillas y sus agroindustrias, aunque minoritarios y sujetos a múltiples limitaciones –por estar insertos en un sistema que se mueve por la lógica del lucro–, constituyen verdaderos escaparates de la nueva sociedad justa y solidaria que el Movimiento levanta como horizonte de sus luchas.

Planificar y organizar la producción para garantizar la subsistencia de las familias asentadas y lograr, dentro de lo posible, mejorar sus ingresos no ha sido una tarea fácil ya que muchas veces las tierras que se les han destinado son de baja calidad o están desgastadas producto del mal uso que de ellas han hecho los latifundistas. Por otra parte, estas áreas suelen contar con una infraestructura muy escasa y en mal estado.

Para hacer frente a estas dificultades, el MST ha puesto en práctica distintas formas de cooperación, siendo las cooperativas de producción agropecuarias las formas más desarrolladas. La existencia de un sistema de crédito agrario estatal que favorecía a quienes estaban organizados de esta manera, estimuló la elección de esta vía, pero las dificultades han sido mayores de lo esperado. Aunque en algunos lugares se ha logrado construir cooperativas modelo, la mayoría de ellas ha tenido serios problemas producto de falta de experiencia, de errores cometido y de los límites que le impone el régimen económico imperante. Los créditos fáciles amarrados a un determinado patrón tecnológico propiciaron una mecanización que no se correspondía con las necesidades. Se cayó en el monocultivo para el mercado en lugar de diversificar la producción, lo que creó una excesiva vulnerabilidad frente a las variaciones de aquél. La legislación vigente y las leyes del mercado resultaron trabas complicadísimas.

La combativa actitud de este movimiento ha desatado, como era de esperar, una feroz resistencia de los grandes hacendados brasileños –una de las capas sociales más reaccionarias del mundo–. Han usado todos los medios a su alcance para impedir el avance del Movimiento: desde persecuciones y atentados a trabajadores y líderes, pasando por expulsiones de la tierra a través de pistoleros y cuerpos policiales estatales, asesinato de familias que se dedican pacíficamente a cultivar la tierra, prisión y tortura; secuestros y esclavitud en las grandes haciendas, intervenciones e incendios en sedes sindicales, acusaciones infundadas de asesinato contra personas que ni siquiera han estado en el lugar de los hechos; hasta el exterminio físico de trabajadores, dirigentes y agentes de las pastorales cristianas comprometidos con la lucha por la tierra.

A pesar de los intentos por ignorarlo, aislarlo, reprimirlo, cooptarlo, ahogarlo económicamente, destruir su imagen en los medios de comunicación y desconcertar a su base

¹² Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria.

social mediante una sistemática campaña desinformativa, el MST ha logrado crecer y consolidarse como el principal referente nacional de la lucha contra el neoliberalismo, promoviendo la articulación de varios sectores excluidos por el sistema: los sin tierra, los sin techo, los sin trabajo.

Atacado desde la derecha por su radicalismo es, sin embargo, crecientemente respetado por sectores cada vez más amplios de la sociedad que encuentran en este movimiento la coherencia política y la preocupación por los aspectos ideológicos que con frecuencia falta a los partidos políticos de izquierda. Hay que reconocer, sin embargo, que la ocupación de predios públicos en las ciudades –para buscar una mayor visibilidad a su lucha y presionar por tierra, créditos y otras reivindicaciones–, no es vista con buenos ojos por sectores de capas medias que se dejan influir por las imágenes de desorden que los medios levantan tratando de desprestigiar estas acciones.

Abierto a todas las buenas ideas vengan de donde vengan, cuida con celo su autonomía frente a todas las instituciones. Fuertemente influido por las corrientes religiosas progresistas y claramente comprometido con las luchas reivindicativas de los trabajadores rurales, no se somete a la conducción de nadie. Abogando por el compromiso político de sus miembros, no acepta ser la correa de transmisión de ningún partido de izquierda –aunque una parte mayoritaria de sus miembros vota por el Partido de los Trabajadores y muchos de sus miembros militan activamente en este partido–.

Dos elementos significativos contribuyen a su autonomía: su política financiera y su política de formación de cuadros. En relación con la primera, a diferencia de muchos movimientos y partidos de izquierda que dependen en gran medida de su inserción en las instituciones y de la ayuda externa, el MST se autofinancia. Son los propios campesinos que han logrado la tierra y créditos para trabajarlas, los que sustentan al movimiento con un porcentaje de dichos recursos y una cuota de lo producido. Por otra parte, la puesta en práctica de formas de cooperación en la producción en muchos asentamientos permite liberar cuadros para las tareas militantes del Movimiento. En cuanto a la segunda, el MST entiende que sólo podrá considerarse un movimiento autónomo si es capaz de formar a sus propios cuadros, de ahí su preocupación por crear escuelas de cuadros a distintos niveles.

Su disciplina llama la atención, pero ésta no es el fruto de un estilo de conducción militarista, autoritaria, sino de correctos métodos de dirección. Se evita usar las mayorías estrechas; se apuesta a convencer más que a imponer, se pospone la adopción de decisiones cuando se considera que el movimiento en su conjunto todavía no ha madurado suficientemente para adoptarlas.

Teniendo claro que el eslabón débil de muchos movimientos y partidos es su dependencia de unos pocos dirigentes, busca desarrollar una dirección colectiva muy ligada a la base. Una dirección que usa siempre que sea posible el autobús y no el avión para desplazarse por ese inmenso país, que limita y rota las salidas al exterior de sus miembros para dar a todos iguales oportunidades y evitar así que algunos se transformen en diplomáticos de carrera. Otro aspecto importante es que sus dirigentes –sea la instancia que sea– se someten a evaluación crítica cada dos años, pudiendo renovarse su mandato si el colectivo estima que su aporte sigue siendo valioso para el Movimiento.

Sabiendo que Brasil es un país de grandes contrastes pero comprendiendo, al mismo tiempo, que la articulación nacional de las luchas campesinas de las distintas regiones es clave para hacer frente a quienes se oponen a una reforma agraria radical, busca enlazar las diferentes luchas en un solo haz. Procura, sin embargo, respetar las diferencias tanto entre las distintas regiones como entre sus propios miembros, evitando imponer fórmulas de organización y de acción que no las contemplan.

Es notable, por otra parte, que siendo un movimiento de campesinos y, por lo tanto, teniendo una pesada herencia machista, haya logrado un alto grado de participación femeni-

na en todas sus actividades. En este sentido es ilustrativo que en su máxima dirección 9 de sus 23 miembros sean mujeres y que éstas hayan sido electas por su propios méritos y no por el sistema de cuotas.

Poco a poco, la mujer ha ido ganando un papel protagónico en distintas esferas y espacios, sin que ello afecte negativamente a su familia. Se han ido creando condiciones en los campamentos, asentamientos, cursos y reuniones para que las madres puedan asistir y sus hijos sean atendidos durante ese tiempo. No se ha logrado hasta ahora resolver, sin embargo, el problema de la mujer dirigente de alto nivel, casada y con hijos. De hecho de las 9 compañeras de la Dirección Nacional sólo dos son casadas y no tienen hijos, otro grupo está constituido por mujeres separadas de sus compañeros y otro por madres solteras.

Se trata de un movimiento social con gran fuerza moral y fe en la victoria, que contagia con su alegría y confianza en el futuro a quienes se acercan a él. A mi entender esto tiene que ver con: la seguridad con que se plantea el socialismo como alternativa al actual orden neoliberal capitalista, subrayando sus aspectos utópicos más que las dificultades reales que han vivido los países que se han proclamado socialistas; su férrea decisión de luchar contra las injusticias del actual sistema capitalista, y la confianza que tiene en la capacidad solidaria del hombre. El Movimiento cultiva este lado espiritual de las personas en todas las actividades colectivas que realiza. Es lo que denomina mística. El canto, el teatro, la poesía, la danza, las imágenes, juegan un importante papel junto a los símbolos del MST: su bandera, su himno. Son formas de manifestación de un sentimiento colectivo que une, identifica y fortalece el espíritu de resistencia y de lucha.

A pesar de que le queda todavía un largo camino que recorrer, porque la transformación cultural de su base social –trabajadores rurales educados en el individualismo y con muy bajo nivel cultural– no puede conseguirse de un día para otro, pienso que lo ya conseguido en estos 17 años de lucha constituye, sin duda, una fuente de inspiración y de aprendizaje para movimientos populares que comienzan a abrirse paso hoy, cada vez con más fuerza, en distintos lugares del mundo.

Aunque los campesinos organizados en el MST no hayan conseguido sino parcialmente sus objetivos, unas de sus mayores conquistas ha sido haber logrado la posibilidad de trabajar para sí mismos y no verse obligados a trabajar para otros, haber conseguido garantizar la educación de sus hijos y, lo más importante, haber conquistado la dignidad: hoy se sienten ciudadanos iguales a los demás y no parias de la sociedad.

Marta Harnecker

Este texto pertenece al libro de Marta Harnecker, *Sin Tierra. Construyendo movimiento social*, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2002.

© Siglo XXI de España Editores, S.A.